

**C**UANDO el director de esta revista me llamó por teléfono y me pidió que hiciera una nota sobre *Días y noches de amor y de guerra*, de Eduardo Galeano, yo hacía tres días que andaba con el libro bajo el brazo, y de noche, me dormía con él al lado de la cama. No es un libro muy largo: lo leía de a poco para que no se me acabara. Creo que no pude pensar en otra cosa durante esos días; mejor dicho: se me mezcló en todo lo que hacía, en las cosas que quería escribir y en las cosas que pensaba, interfirió en mis conversaciones, una vez se me manchó de café y hasta me tuve que pelear por él con un argentino, algo que entre vecinos no debería suceder. Llegó a tocar la atmósfera de los sueños y cuando terminé su lectura, no me abandonó; seguiremos juntos, en esa clase de intimidad que dan las experiencias profundas.

Por eso pensé que sería muy fácil hacer una nota. Hablar, por ejemplo, de la importancia —advertida por pocos, todavía— que este género (testimonio) alcanza en nuestros días, para una comunidad, la latinoamericana, que no puede expresarse en su contexto, que para dejar constancia de su existencia y de su peripecia tiene que irse al exterior, abarrotar mercados de trabajo (y de libros) que ya están saturados y luchar por sobrevivir, porque ha salvado el pellejo, y el que salva el pellejo tiene el deber de seguir vivo, para no regalarle al fascismo la alegría de su muerte, de su abatimiento o de su deterioro. Insistir en la labor poco publicitada de Casa de las Américas, en Cuba, que tesoneramente premia todos los años la obra de escritores casi siempre prohibidos en sus propios países, y da cabida a textos que sufrirían el silencio o la incertidumbre editorial si no contaran con su acogida. Dejar constancia de que no sólo en este género, testimonio, se premian libros que son de una importancia fundamental para las letras hispanoamericanas, sino que también en otros géneros el poeta prohibido o el novelista censurado en Uruguay, Argentina, Santo Domingo o Nicaragua encuentra su espacio tutelar. Esta nota tendría que hablar entonces de Galeano y de sus libros, de su labor como periodista, del significado que alcanzó a tener *Marcha*, en Uruguay, semanario cerrado, quemado por la dictadura militar, o *Crisis*, la revista que en la Argentina sacudida diariamente por la violencia de la Triple A y los secuestros, las desapariciones, las violaciones, los ametrallamientos supo aguantar, heroica y audazmente, a pesar del peligro que corrían sus periodistas, de las amenazas continuas, de la censura militar... Hasta que el propio Galeano, su director, tuvo que optar por el segundo exilio, España.

Tendría que hablar de todo esto y de mucho más, pero no voy a hacerlo, porque para eso está el propio libro de Galeano. En cambio, voy a decir algunas de las cosas que el libro no dice. Por ejemplo, que el escritor ha cumplido su deber. Todos los que de alguna manera conseguimos escapar al infierno del fascismo en el Cono Sur mantenemos una deuda pública con el resto. Y más aún los escritores, que en períodos de guerra, especialmente, somos los depositarios de la conciencia colectiva. Esto concede al trabajo del escritor una moralidad que se suma a la moralidad implícita del quehacer literario; porque si un poeta tiene una relación ética con el lenguaje y con su lector, el escritor de períodos y regímenes totalitarios contrae una deuda suplementaria: con su historia, que es la de su pueblo. No hay ninguna necesidad de hacer un discurso demagógico sobre el



**Eduardo Galeano**

## **EL AMOR Y LA GUERRA**

**CRISTINA PERI ROSSI**

tema, ni siquiera de apelar a una conciencia social que está en la base de cualquier creación auténtica. Quienes lo interpretan mal o no lo saben solucionar literariamente, caen en el realismo socialista, que no es ni realismo, la mayor parte de las veces, ni socialismo, tampoco. Galeano encuentra en este libro una forma, una estructura que permite enlazar de manera fluida, sutil y llena de belleza esa parte de la historia personal, intransferible de cada uno con la política, o sea, el gobierno de la cosa pública, y con una de sus formas más terribles: el fascismo. Para que ningún lector potencial se confunda, aclaremos de entrada que no se trata de un ensayo, ni de una tesis acerca del proceso latinoamericano. Galeano arranca de la anécdota pura, de cosas que su memoria ha registrado; cosas que aparecen en el libro con la tensión, la vibración del momento. Se me ocurre que muchos son apuntes tomados rápidamente, al recibir una amenaza telefónica, al conocer la desaparición de un amigo: tienen la fuerza y el despojamiento de la crónica hecha al momento. Registro de conversaciones como si hubieran estado grabadas; recuerdos que voluntariamente asumen una forma objetiva, mucho más contundente que si estuvieran elaborados. Galeano dijo la tarde en que la editorial Laia presentó su libro que muchas veces había detenido la escritura, temeroso de hacer literatura. El buen entendedor comprendió que se trataba de la acepción desprestigiada del término; no hacer literatura, en este caso, es hacerla de la manera más eficaz. Posiblemente lo que sí quiso decir es que el libro

está estructurado con los materiales que aporta la memoria y no la imaginación; de allí que, pese a ser una obra de factura literaria, encuentre su plena inserción en ese género que Casa de las Américas tituló *testimonio*, otorgándole en 1978 el premio precisamente a *Noches y días de amor y de guerra*. Tampoco crea el lector desprevenido que se encontrará con un lacrimógeno testimonio del drama de América Latina. La autocompasión y el regodeo por la desventura no tienen nada que ver con este libro, que está en el polo opuesto: si de algo deja constancia Galeano, además de la denuncia de los regímenes latinoamericanos, es de la fascinación de períodos tan tensos, donde hasta el acto más habitual y cotidiano puede estar lleno de significado o ser peligroso; inmersos en ese contexto, caminar por una calle, encontrarse con un amigo o hasta realizar una llamada telefónica son actos diferentes, cargados de trascendencia. Galeano transmite esa vivencia que todos hemos conocido; la fascinación de un vivir cotidiano trastornado de raíz por la guerra. Esa tensión con que se viven entonces las emociones, los sentimientos y hasta los silencios, cuando se teme que estalle una bomba o que un grupo paramilitar invada la casa, nos secuestre y desaparezca, con absoluta impunidad: tienen permiso. Por eso el libro documenta no sólo a los amigos arrancados de su oficina o de su dormitorio, esos que engrosan las listas de "desaparecidos", sino también las pequeñas alegrías de sobrevivir, la sorpresa de continuar comiendo, amando, deseando caminar por una playa. Estos actos se encuentran iluminados por un goce casi apocalíptico: el sabor del vino se paladea mejor, las manos que tocan un rostro tienen una intensidad desconocida en épocas de paz. El libro responde a esa dialéctica de vida y muerte, concilia los opuestos: el miedo y la alegría, la prudencia y la temeridad.

La técnica periodística con que se narran los episodios, por coincidir con la dinámica del libro, deja de ser una técnica periodística y es una forma de construir, de ordenar, de estructurar la realidad, es decir: una elaboración literaria. Galeano ha debido operar selectivamente sobre la propia selección que siempre hace la memoria, pero si bien ésta actúa de una manera casi desconocida para nosotros, en cambio el escritor ejerce un control, un dominio sobre los detritus de la memoria que son su alquimia particular, su sabiduría para hacerla funcionar según nuestra intención. Por eso una memoria organizada escribe un libro, un libro que tiene la misión de luchar contra el olvido y el silencio que el fascismo intentan instaurar.

Galeano ha cumplido también en otro sentido: en su libro, el discurso de denuncia es sólo marginal; la omnipresencia del fascismo es sutil; se inmiscuye en la vida privada, en el trabajo, en las noches y en los días, en el amor y en la amistad, pero el escritor tiene la habilidad de presentarla a través de la vida cotidiana. Parodiando algún título famoso, se podría decir que este hermoso libro habla de la vida cotidiana en los tiempos del fascismo. Las ciudades que aparecen (Buenos Aires, Montevideo, San Pablo) son bellas y turbadas: están viviendo tensamente, entre el ruido de los disparos y el llanto de los niños que siempre nacen, porque *Noches y días de amor y de guerra* no habla sólo de los muertos queridos, sino también de aquellos concebidos y paridos en tiempos amargos y difíciles, que seguramente deberán recurrir a este libro para conocer la verdadera historia de sus países. ■